

»Tierra do se destierran las malicias
De todas estas vivas pestilencias,
Y sus valles y cumbres son propicias,
Nobles y generosas influencias;
Tierra de quien pedimos las albricias,
Porque no son fumosas aparencias,
Sino de quien direis á boca llena
Tierra que pone fin á nuestra pena!»

Saltaron pues en tierra, proveidos
De sal, que fué socorro de hambrientos;
Fueron con el aplauso recibidos
Que suelen descubrir contentamientos;
Están, á lo que dicen, los oídos
De todos los del campo muy atentos,
Y en tierra, de rodillas, juntas manos,
Gracias al cielo dan como cristianos.

Desean hacer luego movimientos
De tierra que les es mala noverca
Cualquiera ya con otro pensamiento,
Pues sobre no volver atrás alterca
Antes unos á otros dan aliento,
A que gocen del bien que tienen cerca:
Con esto se dividen por ser hora,
Hasta ver nuevos rayos del aurora.

Luego que vieron resplandor propicio,
Asentaron altar en líneas basas,
Do celebró divino sacrificio
El padre fray Domingo de las Casas:
Vuelven los macheteros á su oficio,
Haciendo de espesuras partes rasas,
Dejando ya la prepotente vena
Del río grande de la Magdalena.

Mas siguen las orillas del brazuelo
Por donde el capitán San Martín vino,
Cuyos confines son y cuyo suelo
De malo y asperísimo camino,
Y donde pocas veces se ve cielo,
Resplandor de planeta ni de sino,
Sino cuasi perpetua tiniebla,
Molestas lluvias y continua niebla.

Los bergantines por la misma vía
Contra corriente van á puros brazos,
Pues aunque recogido todavía
Podían navegar buenos pedazos;
Pero cuanto por él mas se subía
Se topaban mayores embarazos
De piedras y de palos y corrientes,
Que todos eran riesgos eminentes.

Y una noche llegó tal avenida,
Estando rancheados los de tierra,
Con tan impetuosa descendida
Corriente de los altos de la sierra,
Que no dejó recurso ni huida,
Pues de una y otra parte los encierra,
Y estuvieron aquestas compañías
Subidas en los árboles dos días.

Bajan los miserables al asiento,
Desde que se desaguó lo mas cercano,
Con el mas riguroso detrimento
Que pudo comportar valor humano,
Pues no tenían para su sustento
Cosa de que pudiesen echar mano,
Y en todos ellos la mejor comida
Era desconfianza de la vida.

Mas el buen general, que se desvela
En curar el dolor de penas largas,
El mismo procuró sacar candelas,
Preparadas de leña ciertas cargas:
Ponen la paila, ponen la cazuela
Para cocer en ellas las adargas,
Y todo cuanto tiene ser de cuero
Echaron á cocer en el caldero.

También dan á comer á los caballos
Hoja de caña que sirvió de heno;
Ocupanse los amos en limpiarlos,
Porque tenían cantidad de cieno:
Que Dios por su bondad quiso librallos
Cuando el río vació su curso lleno,
Pues de la que vertió por las orillas
Llegó hasta cubrir las espaldillas.

Después de la comida mal digesta,
Rompiendo van por la montaña brava,
De la gente la mas tan indisputada
Que uno y otro y otro se quedaba;
En efecto, llegaron con la resta
A los buhios do la sal estaba,
Haciendo veinte días de demora
En allegar allí desde la Tora.

Llegó con sus navíos al paraje
Ansimismo la gente que navega,
Pero ya por el agua su viaje
Por ser el fondo poco se le niega;
Al fin en este puesto y estalaje
La una y otra gente se congrega,
Para que consultando se provea
Orden que para todos bueno sea.

En esto se tomó demora harta
Por haber pareceres diferentes,
Y acuerdan que la gente se reparta
Y vayan en los barcos los dolientes
Para se reparar en Santa Marta,
Y los sanos descubran nuevas gentes,
Y que dentro de un año quien viviere
Allí con bien ó mal al otro espere.

Destá manera queda concertada
La vuelta de uno y otro, que subyeto
Juró de estar á la palabra dada,
Si muerte no borrarse su conceto;
Pero después Gallegos y el Quesada
Faltaron en cumplilla con efecto:
Que la necesidad y menesteres
Hacen mudar al hombre pareceres.

Después de repetir que no se olviden
En ser al cumplimiento diligentes,
Con otros cumplimientos se comiden,
Segun suelen amigos y parientes;
Y los unos y otros se despiden,
Los ojos y mejillas hechas fuentes,
Siendo comunes lloros y sollozos
No menos en los viejos que en los mozos.

Doscientos de los que salud mejora
Se quedaron en aquellos confines,
Y fuéronse camino de la Tora
Ciento y cincuenta con los bergantines:
Y así los dejaremos por agora,
Que yo diré después sus tristes fines,
Porque quiero poner primeramente
En tierra de salud estotra gente.

La cual con los caballos determina
De caminar, siendo San Martín guía,
Y así luego sus pasos encamina
Acia la salebrosa serranía,
Y el indio Pericon que los atina,
Puesto que no tan bien cuanto podia,
Pues los lleva por pasos tan terribles,
Que para bestias son inaccesibles.

Mas ello todo es camino malo,
Con lodo los mas altos reventones;
Va delante del campo don Gonzalo
Con algunos caballos y peones,
Deseando de ver algun regalo
Que levante caídos corazones,
Y llegó con valor mas que de hombre
A la sierra que Atun tiene por nombre.

Espesa breña, cenagoso suelo,
Y creo que el peor del Nuevo-Mundo,
Do nunca se ve luz que dé consuelo,
Y es el rigor de lluvias sin segundo:
Páreces subir al alto cielo,
Y al bajar, que descienden al profundo;
Al pié della dejaron los caballos,
Por no ver por adó puedan llevarlos.

Dejó para guardállos al hermano,
Llamado Fernán Perez de Quesada,
Con gente que tenía flaca mano
Y se sentía ya debilitada;
Y él con el otro número mas sano
Subió para buscar tierra poblada:
Hallan por donde van buhios hechos,
O dormidas, que van puestas á trechos.

Camina la bambrienta compañía
Cebada solamente de esperanzas,
De tal manera ya, que no podia
Hacerse confianza de sus lanzas;
Pero proveyó Dios al sexto día
Con ciertas sementeras y labranzas,
Adonde el animoso licenciado
Reparó por sentirse fatigado.

Y así, para venir donde él estaba,
Mandó llamar los otros peregrinos,
Porque la tierra ya manifestaba
Mejor disposición y mas vecinos,
Segun por todos ellos se juzgaba
Viendo las anchas sendas y caminos;
Envió pues tres hombres á que venga
El campo sin que punto se detenga.

Visto por Fernán Perez de Quesada
El aviso que dan los mensajeros,
Prosigue por la sierra su jornada
Con trabajos que no son creedores;
Y en la montaña triste y asombrada
Se quedaron no pocos compañeros,
De los cuales fué Tordehumos uno,
De valedor y de salud ayuno.

Y fué por no tener las urnas flojas
Deucalion con recios torbellinos,
Antes por donde van las gentes cojas
Siempre manaban agua los caminos,
Y recibíanse sumas congojas
Al subir ó bajar de los rocinos,
Pues del camino malo resbalando,
Mil estados habian de ir rodando.

Demás deste mortal desasosiego
De lluvias, con que no se ven las manos,
Tampoco se podia sacar fuego
Para poder tostar algunos granos;
Y en subiendo la sierra, sienten luego
Asperezas de frios inhumanos,
Por salir de los términos calientes
Y luego dar en otros diferentes.

E ir á todas horas hechos sopa
De lo que el húmido vapor condensa,
Tan pobres y tan misereros de ropa,
Que no resisten pluvial ofensa,
Porque camisetillas son de estopa
Vil, débil y flaquísima defensa,
Y demás de la falta de atavíos,
Siempre con los estómagos vacíos.

Con estas sobredichas destemplanzas
De tiempos y de temple resfriado,
Se hicieron mayores las tardanzas
De lo que requería su cuidado;
Y así cuando ya vieron las labranzas
El número llegó menoscabado,
Porque de los doscientos desta gente
Los que faltaron fueron mas de veinte.

Y de vivos el número mas poco
Podía ejercitar militar arte,
Cuyos trabajos solamente toco
Por no poder decir la menor parte;
Y de comer un sapo quedó loco
Uno que se decía Juan Duarte,
El cual permaneció con su locura,
Sin que jamás pudiese tener cura.

Como llegase pues la compañía
Tan estragada, triste y afligida,
Adonde el general los atendía,
Labranza de maíces proveida,
Mandóles descansar por algun día,
En tanto que duraba la comida,
Porque con mas vigor y mas aliento
Pasasen á buscar mejor asiento.

Y al tiempo que buscaban un camino
Para salir, que fuese menos agro,
El Francisco de Tordehumos vino,
Que se tuvo por cosa de milagro;
Pero no lo vendieran por tocino
Segun de los trabajos salió magro,
Y aunque seco de zancas y de cuello
El campo todo se holgó de vello.

Admirada quedó toda la junta,
Que lo vieron quedar en un ranchuelo,
No menos que persona ya difunta,
Sin habla, sin resuello, sin consuelo;
Mas él responde si se le pregunta,
Cómo tuvo favor del alto cielo,
A quien con gran hervor y vehemencia
Sin cesar invocaba su clemencia.

Y habiéndose traspuesto cierto día,
Cercado de mortíferas peleas,
Una bella señora le decía:
«No morirás agora, ni lo creas;
Levántate, que yo seré tu guía
Para que puedas ir donde deseas.»
Y como recordó con buen subyeto,
Lo que se le mandó puso en efecto.

Y así, por este tiempo que lo escribo,
Que son ochenta y cuatro de la era,
El dicho Tordehumos está vivo,
Teniendo su vision por verdadera;
Y consta que de mal tan escesivo
No pudiera venir desta manera,
Si favor y socorro soberano
No tuviera por bien dalle la mano.

De su salud, por ser hombre bien quisto,
El campo recibió mucho contento,
Y algunos coligieron de lo visto
Haber de ser aquel descubrimiento
Provincia do la fe de Jesucristo
Tuviese generoso crecimiento:
Daban confirmacion á sus motivos
Lo que decían ya muchos captivos.

Porque el alférez Antonio de Olalla,
Primero que llegase Fernán Perez,
Había ya tenido gran batalla
En el valle que llaman del Alférez,
Porque la gente dél que allí se halla
Defendían los hijos y mujeres;
Pero venciólos con valor de hombre,
Y el valle se quedó con aquel nombre.

De manera, que por allí salía
A descubrir la gente mas granada,
Y aunque es toda montaña muy sombria,
Al fin era la tierra mas poblada;
E ya con guías nuestra compañía
Procede para ver la deseada,
Ofreciéndose mil inconvenientes,
Malos pasos y cumbres eminentes.

Pues antes de salir de la floresta
Para su sanidad triste y avara,
La gran sierra de Opon también les resta,
Antes que puedan ver la tierra clara;
En cuya larga y encumbrada cuesta
El sano cansa y el enfermo para,
Y el caballo, con no ponerle silla,
Poder salir de allí fué maravilla.

Pero con este sinsabor allega
El campo todo donde se recita
Haber tenido Olalla la refriega,
Cuando con poca gente lo visita;
Y agora copia de indios se congrega
Que por los altos da terrible grita,
Y así por los postreros que vinieron
También val de la Grita le pusieron.

Y demás de los gritos y clamores
Que dan á la no vista compañía,
Tocan tantas cornetas y atambores
Que pareció que el mundo se hundía;
Mas los fortísimos conquistadores
Bajaron á las casas que tenía,
Llenas de regocijo las entrañas
Por ser aquel el fin de las montañas.

Y el docto licenciado dijo luego:
«Gracias os doy, Señor de los imperios,
Pues pasamos por aguas y por fuego
Para venir á tales refrigerios,
Donde vulgo bestial, crúel y ciego,
Oiga vuestros santísimos misterios,
Y donde desterrada la malicia
De vuestra santa fe tenga noticia.»

Lo mismo, conmovidos deste celo,
 Hacían las católicas cuadrillas,
 Las manos y los ojos en el cielo,
 Hincadas en el suelo las rodillas;
 Alégranse de ver alegre suelo,
 Contemplan otras muchas maravillas,
 Alaban los verdores y elegancia,
 Y al sabio general de su constancia.

Concepto tienen ya de verse bartos,
 Fuera de la rabiosa pestilencia
 De sapos, de culebras, de lagartos,
 Vuelta necesidad en opulencia:
 Velan la fría noche por sus cuartos
 Con toda la posible diligencia,
 Y las penas del frío no son tantas
 Por arrojarse ya con nuevas mantas.

Por los contrarios que hay á la redonda,
 Que ladran y dan grita como canes,
 Y tienen flecha, lanza, dardo, honda,
 Haciendo mil meneos y ademanes,
 El mismo general hacia ronda
 Con otros principales capitanes,
 Y todos en comun están alerta,
 Hasta que ya la luz fué descubierta.

En descubriendo pues rubia cabeza
 Aquel hijo del rey altitonante,
 Para ver bien la tierra que se empieza
 A mostrar con clarífico semblante,
 La gente castellana se adereza
 Con gana de pasar mas adelante;
 Y el Insa, capitán de macheteros,
 Anticipóse con sus compañeros.

Y cuanto mas encumbra las laderas,
 Mas á placer se ven las rasas cumbres,
 Llenas de cultivadas sementeras
 Que quitan atrasadas pesadumbres.
 Fertilísimos valles y riberas
 Con los humanos usos y costumbres:
 Vense los pueblos, hierven los caminos,
 Los tractos y contratos de vecinos.

Entre ellos hay diversos pareceres:
 Unos quieren huir, otros esperan,
 Unos ponen en cobro las mujeres,
 Otros lugar no hallan aunque quieran,
 Otros quieren usar de sus poderes
 Con intento de que los nuestros mueran;
 Mas la perplejidad era terrible,
 Viendo lo que jamás les fué visible.

Sobre los altos hay juntas de gentes
 Dispuestas para guerras y conflictos,
 Repartidos por partes diferentes,
 Que en número parecen infinitos;
 Convócanse los deudos y parientes;
 Aquí sonaban voces, allí gritos;
 Todos son alborotos, confusiones,
 Sin dar resolución á sus razones.

Mas Sacre, principal que predomina
 La provincia de acia la montaña,
 Con oprobios y afrentas los indios,
 Llamándoles cobardes y sin maña;
 Y así con sus vasallos determina
 Ver aquello que pueden los de España,
 Y con bravo furor rompió por ellos
 Hasta llegar á barbas y á cabellos.

Visto por Insa tan pesado juego,
 Anima con valor á su cuadrilla,
 Y lo mejor que pudo saltó luego
 En caballo que no tenía silla;
 No toma Juan Rodríguez Gil sosiego,
 Ni la restante gente de Castilla,
 Apresurando carnífera prueba
 Con las espadas en la gente nueva.

Esfuézanse los flacos castellanos,
 Que temores de muerte los alientan;
 Andan listos los piés, prestas las manos,
 Con que las yerbas verdes ensangrientan;
 Apártanse los indios mas cercanos,
 Que su cruel furor experimentan,
 Admirados de vellos, mas no tanto
 Que el caballo no cause mas espanto.

Otro miedo mayor sus pechos doma,
 Y es, que vieron venir á la pelea
 Otros treinta caballos por la loma,
 Que furia de españoles espolea;
 El campo junto mas atrás se asoma,
 Que les hizo hacer huida fea,
 Porque creyeron ser en aquel punto
 El hombre y el rocín un cuerpo junto.

Juntóse pues la gente dividida,
 Y el don Gonzalo manda que se cuente,
 Para que como sabia y advertida
 Caminase por orden conviniente:
 Numeran que escaparon con la vida
 Ciento y sesenta y seis tan solamente,
 Y sesenta caballos mas ó menos,
 De los cuales los mas salieron buenos.

Pues con ser el rigor tan importuno,
 Tanto riesgo, tanto derrumbadero,
 Dellos se despeñó tan solo uno,
 Que fué del caporal Martín Roperó;
 Con cuya carne y tripas el ayuno
 Hizo solemnes fiestas al garguero:
 Hasta las uñas fueron substanciales
 Y no menos las partes genitales.

Habia de pintar aquesta historia
 Una pluma de prósperos caudales;
 Porque valor y fuerza tan notoria,
 Tanto perseverar en tantos males,
 Escede los mas dignos de memoria
 Y vuela sobre fuerzas naturales,
 Pues que solo Baltasar de Maldonado
 Merecía particular tractado.

Y todos los demás eran valientes,
 Modestos, comedidos, amigables,
 Al general subyectos y obedientes,
 No sediciosos, varios ni mudables;
 En las adversidades muy pacientes,
 En los trabajos son infatigables;
 Tuviera bien en qué meter la mano,
 En lo que trabajó Juan Valenciano.

¡Qué trabajó Juan Lopez! qué Macías!
 Pero Rodríguez Carrion Mantilla!
 Qué Pedro Corredor! qué Juan de Frias!
 Qué Diego Montañés! Juan de Pinilla!
 Paredes Calderon! Francisco Diaz!
 Un Martín de las Islas! un Chinchilla!
 Paniagua! Pero Ruiz Herrezuelo!
 Y aquel que vive hoy Pedro Sotelo!

¡Qué trabajaron otros que no espreso,
 No porque los olvido ni repruebo,
 Sino por remitillos al proceso
 Que tengo de hacer del Reino-Nuevo!
 Pues agora me cumple que digreso
 Haga por acudir á lo que debo,
 Volviendo para atrás á ver los fines
 Y paradero de los bergantines.

Dejaremos pues este caminante
 Que va continuando su conquista
 Por tierra rica, llena y abundante,
 Que da contentamientos á la vista:
 Que yo volveré presto, Dios mediante,
 A ser de sus hazañas coronista;
 Pues para que por partes se reparta,
 Esto se quedará para la cuarta.

Porque con estas dichas intenciones,
 Mi celebrado funeral se funda
 Correr primeramente los ancones
 Que suele combatir la mar profunda;
 Y en aquellas bahías y rincones
 Tiene de fenecer parte segunda:
 En estos pareceres me resuelvo,
 Y al licenciado Juan Gallegos vuelvo.

CANTO QUINTO.

Donde se cuenta la cruel y sangrienta batalla que tuvo el licenciado Gallegos, y lo demás sucedido hasta la muerte de don Pero Fernandez de Lugo.

Quien hace confianza del amigo
 Con violentas armas granjeado,
 El se busca la pena y el castigo,
 Pues fia de enemigo solapado;
 Y si de la traicion tiene testigo,
 Y todavía vive confiado,
 No se queje después ni espanto tenga
 De cualquiera trabajo que le venga.

El dicho licenciado Juan Gallegos,
 Y muchos de los de su compañía,
 No fueron en aquesto menos ciegos,
 Al tiempo que la gente se volvia,
 Vencidos de promesas y de ruegos
 Que un Alonso indio les hacia;
 El cual atrás signifiqñ ser jeque
 De la provincia de Tamalameque.

Este, cuando venían descubriendo
 Se vino con el dicho licenciado,
 Mas su venida fué, segun entiendo,
 No tan de voluntad cuanto forzado;
 Y agora que volvian inquiriendo
 Reliquias del sustento deseado,
 Los que dellos están menos dolientes
 Buscaban por partes diferentes.

También Gallegos va con el deseo
 Que suele fatigar humano pecho,
 Haciendo por el río mas rodeo
 Que pudiera hacer yendo derecho,
 Buscando pueblos donde del rancho
 Se pudiera sacar algun provecho,
 Por no volverse de tan largas vias
 Las manos en los senos y vacias.

Y como por confines de la Tora,
 En tanto que lo dicho se buscaba,
 Hiciesen mas tardanzas y demora
 De la quel indio malo deseaba,
 Mostró dolor con intencion traidora
 De la necesidad que se pasaba;
 Y con señales del que pena siente,
 Para movellos dijo lo siguiente:

«Señores, ¿para qué nos detenemos
 En tierra que tenemos recorrida?
 Pues cuanto mas despacio nos movemos,
 Mayor riesgo corremos de la vida:
 Cumple que sin tardanza nos bajemos,
 Y vamos donde sobre la comida;
 Porque mal hallaremos provisiones
 En montes donde faltan poblaciones.»

Oida la razon del indio viejo,
 Cuyos intentos eran inhumanos,
 Viendo para matalos aparejo
 Por ser mas los enfermos que los sanos,
 Tomaron sin recelo su consejo,
 Confiando sus vidas de sus manos;
 Y así luego partieron, y él los trajo
 Obra de treinta leguas mas abajo.

Hizo salir de paz indianas gentes,
 Y agasajaronlos en estos puertos,
 Donde de los hipatos y dolientes
 Echan al agua cada día muertos;
 Y entonces con los indios que presentes
 Estaban, se comienzan los conciertos
 Por el Alonso señalando día,
 Para la gran maldad que pretendia.

De allí también el mal intencionado
 Les hizo que hiciesen movimiento,
 Diciendo que les daría recado
 Do puedan rescatar á su contento;
 Y era por los llevar á mas poblado,
 Para perficionar su mal intento;
 Y como parecia buen aviso,
 Bajaron con los bárcos donde quiso.

Y puestos en aquella pertinencia,
 Ya de los españoles bien sabida,
 El Alonso les demandó licencia
 Para ir á su casa por comida;
 La cual, sin presumirse malquerencia,
 Le fué por Juan Gallegos concedida,
 Porque también el perro, mas que moro,
 Prometió de traer copia de oro.

Al momento salió con sus galeras,
 Y luego comenzó desde lo alto
 A llamar y juntar gentes guerreras,
 Para dar el combate y el asalto
 A los bárcos de gentes extranjeras
 Y al capitán que va de gentes falto:
 Acudieron caciques de la tierra
 Con mas de veinte mil hombres de guerra.

Tan gran número cuanto se publica
 Se convocó para una y otra banda,
 Y en diferentes partes les predica
 Ser bien justificada su demanda;
 Porque contra quien van es gente inica,
 De todas las del mundo menos blanda,
 Y que si matan hombres tan perjuros,
 Para siempre jamás serán seguros.

Y así les dijo: «Yo, señores, vengo
 A hablaros movido de buen celo,
 Y con la fuerza del amor que tengo
 A vosotros y á todo vuestro suelo,
 Y por libraros del trabajo luego
 Que nos amaga con eterno duelo,
 Cual es la miserable pesadumbre
 Que tiene la perpetua servidumbre.

«Bien sabeis cómo yo larga distancia
 Con esta gente fui acia la sierra;
 Y como les faltase la substancia,
 Haciéndoles la hambre dura guerra,
 Algunos ó los mas con gran instancia
 Trataban de poblar en nuestra tierra;
 Y cierto tentarán esta fortuna
 Si nuestra fuerza no se lo repuna.

«Y si desto queremos evadarnos,
 A pernicioso mal nos subyectamos;
 Pues bien veis que no vienen á servirnos,
 Sino porque nosotros les sirvamos,
 Y así dicen que han de repartirnos,
 Y á todos los caciques dalles amo,
 A quien acudiremos con tributos:
 Oro, joyas, preseas y otros frutos.

«Por tanto, quien maduro seso tiene,
 Y ve casa vecina que se arde,
 Mire con tiempo lo que le conviene,
 Porque para la suya no se tarde,
 Pues pocas veces hay freno que enfrene
 Al hombre que no sabe ser cobarde,
 Mayormente si su buena ventura
 Le da tiempo, sazón y coyuntura.

«Esta se nos ofrece de presente
 Contra los violentos y profanos,
 Y pareceme gran inconveniente
 Tal ocasion soltalla de las manos:
 Así que cumple dar en esta gente,
 De los cuales los menos vienen sanos,
 Porque quitados estos de por medio,
 Para los otros yo daré remedio.

«Cuanto mas que los otros mas espertos
 Por la montaña van sin detenerse,
 Y no les quedan bárcos en los puertos,
 Ya que determinasen de volverse;
 Y aun creo ciertamente que son muertos
 Por no hallar adónde proveerse:
 Pues los de Santa Marta y Cartagena
 Escarmentarán en cabeza ajena.

«Al vencimiento destes yo me obligo,
 Y sé que no seré mal adevino,
 Porque tenemos para lo que digo
 Andada grande parte del camino,
 A causa de tenerme por amigo
 Y ser para con ellos lidedino;
 Y así por encubrir mi mal intento
 Voy á llevarles hoy mantenimiento.»

»Mas para que sepais el orden mio,
Entre tanto que yo voy al Gallegos
Ocupen mil canoas este rio
Y por todas sus playas grandes fuegos,
Porque si falta sol al desafío
Con lumbré prosigais bélicos juegos:
Veremos dó hacemos puntería,
Y también al que tiene cobardía.»

Después que ya tenia concertado
El conflicto con grandes y pequeños,
Se vido luego con el licenciado,
Bien equipados tres ó cuatro leños,
Y llenos de malz y de pescado,
Con que regocijó nuestros isleños;
Llevó mas un mil pesos de oro bueno
Que recogió Gallegos en su seno.

Abrazáronlo sanos y dolientes
Dándole gracias por aquel buen hecho,
Estando todos ellos inocentes
De su malignidad y falso pecho;
Dió pues por parecer á nuestras gentes
Que bajen con los barcos otro trecho
A Sompallón, adonde proveidos
Serán de todas cosas y servidos.

Allí la gente mal apercebida
Estaba los enfermos reformando,
Y el Alonso con oro y con comida
No deja de venir de cuando en cuando,
Persuadiéndolos á la partida
Do los indios estaban esperando,
Y el indio Sopatin por consiguiente
Vino también á ver cristiana gente.

Cuya benevolencia no fué corta,
Y el socorro que trajo no fué flaco,
Pues viendo quel Alonso los exhorta
A las disposiciones de su saco,
Les dijo: «Lo que menos os importa
Es confiaros de tan gran bellaco,
Pues yo sé sin dudar que busca modos
Para que los cristianos mueran todos.»

»Ha convocado ya parcialidades;
Solo yo nunca quise lo qué quiso,
Que cierto para vuestras amistades
Me preció de tener un pecho liso:
Estas que digo no son falsedades,
Sino fiel, leal y buen aviso:
Por tanto deteneldo con cadena,
Y antes que dé comida dalde cena.

»Y no son solos estos los engaños
Que suele maquinár este vergante,
Porque también usó pasados años
Con San Martín de treta semejante;
E hizo fe creer que de los daños
El indio Sopatin era culpante,
Como quiera que yo podré jurarte
Que no supe jamás arte ni parte.»

El Juan Gallegos al Alonso llama,
Diciéndole: «Pues somos tan hermanos,
¿Cómo tienes urdida cierta trama
Donde perezcan todos los cristianos?
Certidumbre nos da tu mala fama,
Y Sopatin con otros comarcanos,
Tus vecinos, tus deudos, tus amigos,
Desta traición tenemos por testigos.»

»Macho me maravillo que no sientas
No ser tan descuidados ni dormidos,
Que te dejen salir con lo que intentas
Españoles sagaces y advertidos;
Demás de que en las guerras mas sangrientas
No pueden todos ellos ser vencidos,
Pues aunque muchos en peleas mueren,
Los vivos hacen todo lo que quieren.»

»Y si desta maldad que se adereza
Eres tú, como dicen, el primero,
De llover tiene sobre tu cabeza,
Y al fin has de venir á pagadero,
Hasta te desmembrar pieza por pieza,
Como vaca que pesa carnícero;
Por tanto, si de muerte te recelas,
Déjate de traiciones y cautelas.»

A todo cuanto se le proponia
El indio se mostró con tal templanza;
Que por su rostro no se conocia
Alteracion, vergüenza ni mudanza;
Antes, de la manera que solia,
Dijo: «Por cierto poca confianza
Teneis, juzgando seros adversario
Quien por las obras muestra lo contrario.»

»Porque si por ventura yo pensara
Cosa tan sin razon y tan horrenda,
Pudieralo hacer sin que gastara
Con vosotros mis bienes y hacienda;
Pero quien os ampara y os repara,
Para perpetuas paces mete prenda,
Y es cosa justa, y es razon derecha
Que no se tenga dél esa sospecha.

»Habeisme dicho, para prueba desto,
Sopatin y los suyos ser testigos,
Y á todos es negocio manifiesto
Que somos capitales enemigos;
Y por envidia de me ver bien puesto
Con los que sabe que me son amigos,
Las tramas y maldades qué intenta
Procura que se pongan á mi cuenta.

»Consumese de ver que Alonso priva,
Como quien á traiciones tiene ojo,
Y es por demás su voluntad nociva
Y el procurar roer este tramojo;
Mas él bien sabe que como yo viva
No podrá daros el menor enojo:
Deshágase con invido veneno,
Qué quedará por malo, yo por bueno.

»De cosa no se muestra mas pesante
Que de saber que hago beneficios
Y regalos á gente semejante,
Y aquellos no me son menos propicios:
Mándole yo pues de hoy en adelante
Han de ser mas colmados mis servicios:
Por tanto si quisierdes ir conmigo
Hallareis ser verdad esto que digo.

»Y así me voy debajo los intentos
Ya dichos, no fingidos ni aparentes,
Sino de muy mas llenos cumplimientos
Que salen las palabras de mis dientes;
Descansareis en nuestros aposentos,
Ternán todo regalo los dolientes,
Haré que cada indio contribuya
Con oro, joyas y hacienda suya.»

De todo sinsabor él salió horro,
Pudiendo detenello con prisiones,
Atenido Gallegos al socorro
Que buscan cudiciosas intenciones;
Mas un capitán dicho Juan Chamorro
Fué siempre de contrarias opiniones,
Diciendo: «Témome que de mañana
Nos ha de sacudir con la mediana.»

»Porque este principal es un gran perro
Y días ha que yo por tal lo marco,
Desde la entrada larga y el destierro,
Cuando lo bautizó fray Pedro Zarco;
Y á mi juicio fuera menos yerro
Tenello con prisiones en un barco,
Quitándole su mando y señorío,
Hasta que ya saliéramos del rio.

»Hartas veces ha dado pesadumbre
A soldados de nuestra compañía,
Y no dudo, según es su costumbre,
Urdir alguna gran bellaquería,
Pues vemos de canoas muchedumbre
Que descenden abajo cada día;
Y pasarse de largo sin mas cuenta,
Novedad y misterio representa.

»Si pensais de guiaros por su mano,
Fortalezcamos brazos y molledos;
Pero yo juzgaria por mas sano
Que por agora nos estemos quedos:
No tengais este por temor liviano,
Pues estos son de los discretos miedos,
Cuando negocios duros y perplejos
Demandan prevencion y piden lejos.»

El Juan Gallegos respondió: «Por cierto
No me parece mal aqueza traza;
Pero si tienen hecho su concierto,
Acá ó allá nos tienen de dar caza,
Y tarde que temprano deste puerto
Al fin habemos de salir á plaza,
Y así será mejor, según entiendo,
Que nos partamos en amaneciendo.»

Con aquesto cubrió nocturno velo
Las cosas que solian ser patentes,
Y las menores lumbres en el cielo
Manifestaban sus doradas frentes;
Y así mandaron con aquel recelo
Se metan en los barcos los dolientes,
Velando, como suelen, el estancia
Con toda la posible vigilancia.

Llegada ya la luz de la mañana,
Que fué nublosa, triste, desabrada,
Compúsose la gente castellana
Para poner en orden la partida;
Mas todos ellos tan de mala gana,
Como si fueran á perder la vida;
Y no fueron inciertos sus concetos,
Segun manifestaron los efectos.

Luego de Sompallón hacen desvío,
Y bajan al amor de la corriente;
Y en medio la canal del ancho rio
Un agua se descubre de repente
Por las cuadernas del mejor navio,
Donde iba Juan Gallegos el teniente:
Quisieronla tomar, mas no parece
Manifiesto lugar, y siempre crece.

Para lo sustentar, como no haya
Las cosas necesarias á la mano,
Antes que mas en crecimiento vaya,
A todos pareció consejo sano
Llegar á zaborar en una playa
Del pueblo que tenían mas cercano;
Y así desde tomaron la ribera,
Los enfermos y ropa sacan fuera.

Compónense los bancos ó paraleles;
Asen manos de dura guindalesa;
Con fuerza de soldados y oficiales
Se vara, se ladea y atraviesa,
Y con los necesarios materiales
Calafate se da posible priesa:
Saltan en tierra sanos y llagados,
Escepto Juan Chamorro y sus soldados.

Pues como nunca mas Alonso vino,
Ni vieron indios por aquel partido,
Temíase del mal que les avino
Y quisose hallar apercebido:
Su bergantin cubrió toldo de lino,
Por todas partes dél bien estendido,
Que suele ser defensa que aprovecha
Contra la pestilencia de la flecha.

En esta prevencion no paran mientes
Los otros que dejaron sus navios,
Antes soldados sanos y dolientes
Se ranchearon dentro de bubios,
Otros ponen también camas pendientes
Debajo de los árboles sombríos:
Con esta remision no bien compuesta
Pasaron el bochornó de la siesta.

Y cuando Titan iba declinando
Al mar para lavar su clara frente,
El pueblo donde están viene cercando
Innumerable número de gente,
Y la venida dellos tan callando
Que hasta dar el golpe no se siente,
Pues con ser multitud tan importuna,
Ver, oír y sentir fueron á una.

Bien como cuando veis día sereno,
Y se espesa nublado repentino
De las exhalaciones de aquel seno
Que rompe fulminoso torbellino,
Y entonces suena tan terrible trueno,
Que causa no pequeño desatino,
Tanto, quel bruto huye del ruido
Y el hombre queda quasi sin sentido:

Dicen acontecelles otro tanto
Entonces cuando fueron salteados,
Pues de los sobresaltos y el espanto
Quedaron poco menos que pasmados:
Llueve sobrellos flecha, dardo, canto,
Golpes de palo duros y pesados;
Y de los miserables castellanos
Treinta vinieron vivos á sus manos.

Estos á su sabor los maniatan,
Que prevenidos vienen de cordeles;
Con no vistos escarnios los maltratan,
Desollando las habbas con las pieles;
Al fin los despedazan y los matan
Con tormentos que pasan de crüeles:
Rompe los aires el clamor terrible,
Causa la confusion temor horrible.

Estaba Juan Gallegos, licenciado,
Con diez ó doce de su compañía,
Junto del bergantin que está varado,
Que por guardallo dél no se partia;
Y ampárase detrás de su costado
De la nube de flechas que venia;
Pero carga sobrel tan duro marte,
Que para se valer es poca parte.

Vista por Juan Chamorro tanta junta
De gente que sobre Gallegos carga,
Con dos versos de bronce les apunta,
A causa de no ser distancia larga:
Piernas, muslos y brazos descoyunta,
Y parte de la playa desembarga;
Mas es tal de los indios el aumento,
Que por uno que muere cargan ciento.

No faltan también tiros de ballesta,
Que ninguno salió desvanecido;
Mas para retraellos nada presta,
Antes entre los indios no se vido
Osadia jamás tan descompuesta,
Demencia ni furor tan atrevido,
Pues sin recelar golpes inhumanos
Tientan quitar las armas de las manos.

Al capitán Diego Rincon obliga
A mostrar su valor y fuerte brio,
Por ser florido grano desta espiga
Y no poder llegar á su navio;
El cual con molestísima fatiga
Procuraba salir de su buhio,
Que rodeado tienen escuadrones
Con flechas, dardos y otras municiones.

Aderezóse lo mejor que pudo,
Y á todos cuantos hay con él anima
Para salir al escuadron desnudo
De los que por allí tienen encima;
Y así bien amparado del escudo,
Hizo principio de crüel esgrima,
Ya se va reparando, ya hiriendo,
Con seis ó siete que lo van siguiendo.

Hay por donde sus pasos endereza,
Para llegar al rio, buen pedazo;
Es la hoja que lleva rica pieza,
Increible valor el de su brazo,
Pues de un revés llevaba la cabeza
De los que le ponian embarazo:
Uno deja sin luz, otro difunto,
Y de su caminar no pierde punto.

Como cuando hambrienta destemplanza
Llevó la fiera hasta las cabañas,
Do perros si se ven con gran pujanza
La vuelven á meter entre montañas,
Y si le dan alcance se abalanza
Y á quien le pica rompe las entrañas,
E ya vueltas espaldas, ya mordiéndolo,
Siempre va su camino prosiguiendo:

Así Diego Rincon, aunque heria
A quien en la carrera le picaba,
Con aquella mañosa valentia
Que la necesidad encaminaba,
En su camino siempre procedia
Para llegar adonde desataba,
Es á saber, orillas del gran rio
Donde tenia surto su navio.

No consiente quedar manco ni cojo
De los pocos que son de su manada,
Y entonces se mostraba menos flojo
Cuando su gente ve mas fatigada;
El escudo de acero lleva rojo,
La hoja cortadora colorada,
Y cuanto se mostraba mas tajante,
Mas indios se ponian por delante.

Al fin, arrebatado del esceso
De fuerzas que le dió favor divino,
No desmayaba punto del progreso;
Bien así como campo peregrino
Que va cortando por lugar espeso
Arbores que perturban su camino,
Y hace, ya por llano, ya por cumbre,
Camino que dé menos pesadumbre:

Desta suerte llevaba recogidos
Los que sacó, mirando por sus vidas,
Y así nunca pudieron ser rompidos
Con lanzas ni macanas estendidas,
Aunque de flechas iban mal heridos,
Y el buen Diego Rincon con tres heridas;
Y con haber tan gran impedimento
Llegaron do llevaban el intento.

Allí fueron los golpes del espada
Tales, que porque no serán creibles
Pasa por ellos pluma mas templada
De lo que piden casos tan terribles,
Porque cosas hicieron al entrada
Del barco, que parecen imposibles,
Pues dejaron el agua del orilla
Harto mas colorada que amarilla.

Dentro ya de su barco con la gente
Que pudo recoger de su bandera,
Vido cómo traían al teniente
Indios á mal andar por la ribera:
Allá hizo remar incontinentemente,
Y con ciertos soldados salió fuera;
Despide Juan Gallegos sus temores
Viendo llegar tan buenos valedores.

Y así, movido de mortal enojo,
Acometió con toda la cuadrilla,
Mas luego le clavaron el un ojo,
De que cayó no lejos del orilla;
Los indios acullá sobre despojo
Trabaron pesadísima rencilla,
Sirviéndoles los arcos de garrotes
Con que se lastimaban los cocotes.

Viendo Rincon la buena coyuntura,
Pareciéndole tiempo conveniente
Entre tanto que la revuelta dura,
Que deseaban ser incorregible,
Echar el barco al agua se procura
Con la presteza que les fué posible,
Y lo que no podían varar antes
Muchos, agora pocos son bastantes.

Con la misma presteza referida
Metieron al Gallegos cuasi muerto,
El cual, aunque sanó de la herida,
No dejó de ganar nombre de tuerto;
Descuelga luego multitud crecida
De canoas que van al mismo puerto,
Y es tal la cantidad que se presenta,
Que no se puede reducir á cuenta.

Porque se supo manifestamente
Que con su potestad vino Melambo,
Que es la barranca donde de presente
El español que pasa halla tambo,
Y vino Pencellon, indio potente,
El gran Mompox, Tamalaisa Zambo,
Vino Chingalae, Cimiti, Maca
Y el gran cacique Tamalaguataca.

Chocorí, Chiquichoque, Talaigua,
Los indios de Tomala, los de Proa,
Con todos los demás que se averigua
Haber desde estos hasta Tacaloa;
Y el que dejimos ser el estantigua
Y causa de venir tanta canoa,
Alonso, cierta guia de la danza
Y ordenador de toda la matanza.

Innumerables eran los salvajes,
A su modo feroces y gallardos,
Compuestas las cabezas con plumajes,
Proveidos de lanzas y de dardos,
De flechas venenosas los carcajes,
En las ejecuciones nada tardos:
La postura, talante y el denuedo
Al ánimo mayor pusiera miedo.

Ya por el horizonte ven los fines
De la luz y febeos arreboles,
Cuando llegaron á los bergantines
Que tenían toldados españoles;
Servian de trompetas y clarines
Marinos y muy grandes caracoles,
Cuyo son, que los pechos sobresalta,
Rompe del aire la region mas alta.

Espesas rociadas de las flechas,
Para la ejecucion de sus concetos,
Acia los blancos toldos van derechas
Tantas, que ya de blancos están prietos;
No tienen por inciertas las sospechas
De vellos todos muertos ó subyentos,
Y por mas abreviar aquel recuento
Barloan para se les entrar dentro.

Y en aqueste primero movimiento
Era tan obstinada su porfia,
Que no se vió jamás atrevimiento
Con tal temeridad en osadía:
Nadie se espanta de se ver sangriento,
Ni del que de la vida se desvia,
Ni del que saca menos viva pieza,
Ni del que lleva tiro la cabeza.

Son tan impetuosos movimientos,
Temeridad, obstinacion, porfia,
Que sobrepujan sus atrevimientos
Cuantos pueden haber en osadía;
Caen indios en estos rompimientos,
Y con temor ninguno se desvia,
Ensangrentando bordos, popas, proas
De bergantines, barcos y canoas.

Porque cuando canoas llegan junto
Y de los bordos ven manos asidas,
Aquellas en aquese mismo punto
Quedaban de sus brazos divididas;
Muchos al agua van, uno difunto,
Otro con abundancia de heridas,
Otro que duro verso de fuslera
Los sesos le sacó de la mollera.

Más no por esto concebían miedo,
Ni para removellos aprovecha,
Antes el indio con mayor denuedo
A derribar los toldos se perrecha:
Y en descubriendo brazo, mano, dedo,
Era luego clavado con la flecha,
Dejándole también con la herida
Total desconfianza de la vida.

Rodeado de riesgo tan patente,
El español de vida desespera,
Y el bárbaro crúel, como lo siente,
Mayor priesa le da para que muera;
Van todos al amor de la corriente,
Llena de grandes fuegos la ribera,
Que mas de veinte leguas procedía,
Haciendo de la noche claro día.

Como tenían á la mano breña,
Por el discurso dicho tienen hechos
Montones crecidísimos de leña
Que estaban encendidos á sus trechos;
La lumbrera de los cuales les enseña
Así los daños como los provechos;
Vianse por la playa con la lumbrera
De flecheros crecida muchedumbre.

Emparejando pues con el primero
El capitán Chamorro, que venia
De todos el mas sano y mas entero,
Asestó los veretes que traía,
Pareciéndole que de tal terrero
No podía salir bala baldía;
Y cuando componía su navío
Dió con él al través en un bajío.

Así como lo vieron encallado
En parte do no pudo salir luego,
Al instante se vido rodeado
De los que estaban cerca deste fuego:
Danle priesa por uno y otro lado
Sin concedelle punto de sosiego,
Tanto que del navio le sacaron
Un español que vivo desmembraron.

Nunca se vieron en asiento lleno
De grande muchedumbre de colmenas
Tantas abejas con aquel veneno
Que suele lastimar humanas venas,
Al tiempo que le sacan de su seno
El gustoso licor de que estan llenas,
Cuantos tiros arrojá la caterva,
Todos untados de rabiosa yerba.

Chamorro, como ve que el agua falta
Para poder nadar las carabelas,
En el bajío con algunos salta,
Espadas en las manos y rodela,
Y á la gran multitud que los asalta
Hicieron retraer á las candelas:
Trabajan luego de salir del cieno
Hasta que ya hallaron fondo bueno.

Embárcase la gente como puede,
Huyendo los espesos macanazos;
Pero contrario Marte no concede
Ir salvas las espaldas y espinazos,
Porque ninguno dellos hay que quede
Por lo menos sin cinco ó seis flechazos
De tan rabiosa yerba, que ninguno
Dejara de morir con solo uno.

Murió Chamorro miserablemente
Y los mas que salieron con heridas,
Pues de todos los barcos solos veinte,
Y aun menos, escaparon con las vidas;
Porque para la cura conveniente
Ningunas horas eran concedidas,
Perseverantes indios en su brio
Hasta que los echaron deste río.

Llegados á la mar con mal viaje,
Concluida la porfia del recuento,
Y recogidos en aquel paraje,
Nuevos trabajos salen al encuentro;
Porque la fuerza grande del aguaje
Del río los metió la mar adentro,
No pudiendo pegarse con la costa
Por la fuerza de remos ser angosta.

Aumentase la pena y el recelo
Como se ven en este detrimento;
Y para mas crecer el desconsuelo
Agua dulce les falta y alimento.
Ojos del alma van al alto cielo
Demandando socorro de buen viento;
Y así sobre las ondas de Neptuno
Les vino viento fresco y oportuno.

Del deseado tiempo se aprovecha
La fatigada gente y affigida,
Y á Santa Marta van via derecha,
Donde era deseada su venida;
Pero sabida la matanza hecha
Y los pocos que vuelven con la vida,
Ojos del pueblo todo fueron fuentes,
Llorando sus amigos y parientes.

Entre los que se van desembarcando
Vieron al Juan Gallegos salir tuerto,
Diego Rincon, que hoy vive, cojeando;
Y entonces los vecinos en el puerto
Estaban las exequias celebrando
De don Pero Fernandez, que era muerto,
Y hallaron también haber llegado
Juan Fernandez de Angulo por prelado:

Persona tal, que fué del cargo dina,
Y de subir á muy mayor altura,
Así por su católica doctrina,
Como por su virtud y vida pura;
Y en estos funerales él se inclina
A hacer los oficios como cura,
Porque las cualidades del difunto
No podían subir á mayor punto.

En armas y linajes varon claro,
Tales, que no merecen lenguas mudas:
Fué de los miserables gran amparo,
De huérfanos tutor y de viudas;
No supo de sus bienes ser avaro,
Ni faltaron á pobres sus ayudas;
Jamás dió los oídos á novelas,
Ni le hallaron vicios ni cautelas.

Fué muy comun aqueste sentimiento,
Por lo ser este bien que les faltaba,
Y su virtud, bondad, merecimiento,
A mucho mas aun los obligaba;
Compúsose terreno monumento,
Segun el orden dió quien celebraba,
En torno del retratos de la muerte
Y letra que decia desta suerte:

*Hac dominus Petrus Fernandez
Conditur urna;
Exceles meritis, prosperitate minor.
Expensis multis quosibit barbara regna,
Indicat ipse viam, sustulit alter opes.*

El buen don Pero Fernandez Puso á descubrir el pecho,
Yace en esta sepultura, Haciendo armadas ajosta,
No muy lleno de ventura, Y habiendo hecho la costa,
Pero con méritos grandes; Otro gozó del provecho.

Los españoles en aquella era
No dejaban de estar enflaquecidos,
Y cuantos indios hay en la frontera,
Desvergonzados, sueltos y atrevidos:
Templáronse después en gran manera
Con el rumor de los recién venidos,
Que bien pensaron que de Cartagena
Enviaban ayuda muy mas llena.

Después para gobierno del cristiano,
Que el pueblo sustentaba por España,
Luis de Manjarés tomó la mano,
Y en guerra y paz se dió tan buena mafia,
Que de los suyos un hecho liviano
Se podría vender por gran hazaña,
Pues con los mas indómitos y fuertes
Le sucedieron venturosas suertes.

Cuanto por allí ciñe la mar fonda
Hizo venir de paz y á servidumbre,
Quebrantó las cervices del de Bonda,
Haciéndolo mudar de su costumbre,
Y todos los demás de la redonda
Le sirvieron á él sin pesadumbre:
Decían Concha, Gaira y el Dorsino
Haber resucitado Palomino.

Y sus hechos no fueron desiguales,
Ni menos liberal en las mercedes,
Ardidos en la guerra principales
Para poder huir bárbaras redes;
Eran entonces sus colaterales
Diego Rincon y Diego de Paredes,
Que viven hoy y en Tunja son vecinos,
De gran honor y de memoria dinos.

A Pocigüeyca fué con tal fortuna,
Que ningún compañero dejó muerto,
Y al pueblo de Carbon, el cual repuna
Dejarse visitar del mas esperto;
Fué antes y después fuerte coluna
Que sustentó las cosas deste puerto
De Santa Marta, con hacer entradas,
Que hizo muchas bien aprovechadas.

Poco después por la real audiencia
Hierónimo Lebron fué señalado
Para gobernador desta tenencia,
Circunspecto varon y aventajado;
Y vino por juez de residencia
Alanis de la Paz, un licenciado,
Y segun su poder, administraba
Cada cual dellos lo que le tocaba.

Esto con la posible vigilancia,
En guerra y en negocios ordinarios;
Pero cerca de aquesta circunstancia
Los modos de los dos eran contrarios,
Porque Alanis de Paz con gran instancia
La cobranza buscó de sus salarios,
Y así ya por derechos ó cohechos,
No fueron los menores sus provechos.

Hierónimo Lebron vela su puerto
Y busca gente bien aderezada,
Reduciendo las cosas á concierto
Con que pueda hacer una jornada
A lo mismo que tiene descubierto
Don Gonzalo Jimenez de Quesada,
Porque fama comun le certifica
Estar en posesion de tierra rica.

Para cuyos efectos se mejora
Con gente baquiana su bandera,
Con la cual fué camino de la Tora
Diego Rincon guiando la carrera:
Mas no tractaré della por agora,
Por reservarse para la tercera
Parte, donde, con el favor divino,
Larga cuenta daré deste camino.

Quando partieron estas compañías,
Vió, segun dicen, del mortal subyector
Don Juan de Angulo las postrimerias,
Obispo principal y varon recto;
Y desde á poco número de dias
Fué en su lugar Calatayud electo,
Fraile hierónimo, de quien di cuenta
En lo que mas atrás se representa.

Desde Hierónimo Lebron anduvo
Aquel camino, no sin buena maña,
Con el gobierno que su padre tuvo
Don Alonso Luis vino de España:
También diré después lo que mas hubo,
Y lo que trabajó por la montaña
Al tiempo de venir al Reino-Nuevo,
Porque tractando dél allí lo debo.

Estuvieron aquestas compañías
Debajo de sus sueltos pareceres,
Subyector á no pocas demasias,
Aprovechándose de sus haberes:
Después el licenciado Miguel Diaz
Vino con bastantísimos poderes;
Y aunque notado de lascivos hechos
Nunca lo fué de robos ni cohechos.

Con todo esto tuvo residencia
De las de por acá la mas terrible;
Después la majestad y la potencia
De Carlos quinto, César invencible,
Al Nuevo-Reino dió real audiencia,
Porque le pareció ser conveniente:
Y desde entonces ella proveía
A Santa Marta quien le parecia.

Vido Calatayud su postrer dia
Por aquel tiempo y en aquel verano,
Y vino con el cargo qué él tenia
Don Juan de Barrios, fraile franciscano,
Predicador en quien resplandecía
Virtud, bondad, valor, celo cristiano,
Incorrupto juez, pastor entero,
Y destos arzobispos el primero.

Por cuyo fin tenemos hoy segundo,
Que se dice don fray Luís Zapata
De Cárdenas, en este Nuevo-Mundo
La cuarta dignidad de que se trata;
Elogio le daremos mas profundo
Si nuestra vital trama se dilata,
Porque como la tal se me conceda,
Lugar mas á propósito le queda.

Tractaremos después en sus lugares
De cada cual á tajo mas abierto;
Y agora vamos á los seculares
Jueces que vinieron á este puerto,
Para que los confines destos mares
Estuviesen en orden y concierto:
Pues, como dicho tengo, los oidores
Proveían aquí gobernadores,

Por defender del bárbaro cercano
Tan importante desembarcadero;
Y el primero que vino por su mano
Conoció ser un noble caballero,
Andrés Lopez Galarza, que era hermano
De Galarza, también oidor primero;
Después Luis Pardo, Luis de Villanueva,
Que dieron de valor bastante prueba.

Y á Manjarés se tuvo gran respeto
En cometer también aquel gobierno,
Por ser á todos capitán aceto,
Segun ha dado cuenta mi cuaderno;
Pero ya lo traian inquieto
Envidias y malicias del infierno,
Maculando sus honras y trofeos
Con falsísima voz de casos feos.

Y aunque cualquiera dellos fué patraña,
Testigos falsos lo hicieron lesa,
Tanto, que lo llevaron en España
Y ante el emperador pareció preso;
Mas justicia, verdad y buena maña,
En aire convirtieron aquel peso;
E yo vi los testigos y malsines
Cómo todos ovieron malos fines.

A su casa y honor volvió pujante,
Libre de la maldad que le fué puesta,
Mediante su descargo ser bastante
Y católica vida manifiesta:
Contra fortuna se mostró constante,
Tanto mas cuanto mas era molesta:
Trajo sus indios y repartimientos
Y cargos honorosos con aumentos.

Hizo con los extremos de presteza
Después que vino, sin tomar resuello,
En términos de Bonda fortaleza
Que fuese duro yugo sobre cuello;
Usó de los ardidés y destreza
Que fueron necesarios para ello,
Por que los indios todos del terreno
Tentaron siempre de quebrar el freno.

Mas él salió muy bien con el intento,
Y el del bárbaro fué trabajo vano;
Al fin los años y el quebrantamiento
Lo privaron del gozo de hombre sano,
Y así murió con gran conocimiento
Hechas las diligencias de cristiano:
Vivenos hoy su hijo don Antonio,
Que de sus hechos da buen testimonio.

Absente Manjarés de aquestos mares
Quando en España daba su descargo,
Un caballero Gregorio Suárez
De Deza, vino luego con el cargo,
Cuyos servicios fueron singulares,
Aunque su galardón fué nada largo;
Pues honestísimas hijas que deja
Tienen de su fortuna justa queja.

A este sucedió por varon dino
En la gobernacion destos conveses
Juan de Otalora, noble vizcaíno,
Y este gobernador algunas veces
El puerto defendió del torbellino
Y levantada furia de franceses,
Porque esta poblacion en tiempos varios
Ha sido molestada de cosarios.

Unas veces robando sus caudales,
Sin poder escapar la menor pieza,
Otras, que por venganza de sus males
El español las armas adereza,
Y con ayuda de los naturales
También les han quebrado la cabeza;
Aunque decían: á la yerba fina
«; No forsa, no, la mala salvajina!»

Pero después la yerba del salvaje
En ellos imprimió de tal manera,
Que muchos acabaron el viaje
Antes de se partir desta ribera,
Y los hallábamos al rebalaje
Del agua que la mar echaba fuera;
Porque por ser canalla mal regida,
Ningunos escapaban con la vida.

Otras veces por falta de caudillo,
O posible de armas y de gente,
En viendo por la mar algun barquillo,
Aunque no conociesen mal patente,
El vecino cogía su hatillo
Y el rico mercader por consiguiente,
Huyendo la doncella y la casada,
Una desnuda y otra destocada.

Y todos en comun huían luego
Metiéndose por bosques y por cumbres,
Con el rebato y alboroto ciego
Que en los honestos usos y costumbres,
Demás del general desasosiego,
Causaba muchas otras pesadumbres;
Porque, río revuelto, los mayores
Ganancia dicen ser de pescadores.

También vimos soldados principales
Mas que de paso ir este camino,
A cuestras sus alhajas y caudales,
Y cofres proveídos de oro fino;
Y aun suelen trompezar en otros males
Causados por el bárbaro vecino,
Pues muchas veces nos hacian guerra
Franceses por la mar, indios por tierra.

Y así, yendo cubiertos por florestas
Luís Feijo con otros seis soldados,
Con un cofre de barras á sus cuestras
Que bien valia veinte mil ducados,
Subiendo por las cumbres mas enhiestas
Del Dorsino, do van encaminados,
El cofre del caudal puso en el suelo
Y encima dél un pardo herreruelo.

Y por le parecer lugar seguro,
Sentóse para descansar encima,
A tiempo que hacia muy obscuro
Por ser después del cuarto de la prima;
Estaban cerca de vecino duro,
Cuyo compás también les pone grima;
Sintieronlos los indios, y están ciertos
Ser gente que huía de los puertos.

Hecho pues por espías el acecho,
Pareciéndoles buena coyuntura
Para que no perdiesen el provecho
Que tan cerca les puso la ventura,
Juntáronse para venir al hecho
Y acometieron con la noche obscura,
Tirando muchas flechas silbaderas,
Y gritando por cima las laderas.

En oyendo la grita y estampida,
En tales ocasiones estupenda,
Abrevian piés cristianos la huída
Dejándoles aquella rica prenda,
Teniendo por mejor salvar la vida
Que perdella demás de la hacienda:
Y así se la dejó, sin hacer cuenta
De podella sacar desta tormenta.

Acudieron los indios al rancho
De lo quel español allí les trajo,
Y cogen el batillo de voleo,
El lio, la petaca y el refajo;
Asen bárbaras manos del manteo,
Y no vieron estar cofre debajo,
De suerte, que dejaron en lo raso
La presa que hacia mas al caso.

De manera, que su caudal escapa,
Sin que fortuna le hiciese mella;
Pero cerca de defender su capa,
Aquello qué él no pudo, pudo ella,
Pues no las faltas, mas las sobras tapa,
Y defendió mejor la rica pella;
Y por dejar al amo con que viva,
Ella tuvo por bien de ser captiva.

Y cuando ya sus rayos estendia
Apolo por aquella cordillera,
Con aumento de buena compañía
Qué fuerza de los indios resistiera,
Volvió Frisol adonde le dolía,
Que de su buena dicha desespera;
Mas aunque con recelos y confuso
Su tesoro halló donde lo puso.

También Juan Alemán por un recuento
Iba con lleno cofre de oro fino,
Y á causa de volver al pueblo presto,
Púsole separado del camino:
Para volver después al mismo puesto
Faltó la providencia de buen tino;
Halláronlo trabajos y porfias,
Mas el desgusto fué de hartos dias.

Estas cosas y otras acontecen
En aquellos lugares cada día,
Donde los sobresaltos que padecen
No puede recoger mi fantasia;
Ni yo podré decir lo que merecen
El contador Bartolomé Garcia
Y Castro, que gran número de años
Aquel puerto defienden destos daños.

Porque gentes finitimas á Flandes
Visitan aquel puerto con frecuencia;
Y en este tiempo fué Pero Fernandez
De Bustos con gobierno y eminenia,
Cuyas virtudes y proezas grandes
Merecen pluma de mayor esencia,
Y así por su valor el rey ordena
Que pase á gobernar á Cartagena.

Otros tenientes hubo, mas no sienten
Hecho que de memoria sea dino,
Sino que la justicia y regimiento
Proveyeron después lo que convino,
Y sustentaron bien aquel asiento
Hasta que don Luís de Rojas vino;
Cuyo gobierno fué no sin espanto,
Y así lo tractaré con nuevo canto.

ELOGIO

de don Luís de Rojas, gobernador de Santa Marta, donde
se cuentan las entradas que hizo, y lo demás acontecido
el tiempo que allí gobernó.

CANTO PRIMERO.

La providencia santa de los reyes,
A quien siguen humanas voluntades,
Suele poner y suele quitar leyes,
Segun por tiempos hay necesidades,
Para regir y gobernar las greyes
Subyectoras á sus altas potestades;
Y si sus pueblos van en crecimiento,
También de sus jueces hay aumento.

En aquestas provincias y regiones
De las Indias así les acontece,
Pues como van creciendo poblaciones
De reinos y provincias, también crece
El número de las jurisdicciones,
Señalando lo que les pertenece
A los jueces, para que descierna
Cada cual en aquello que gobierna.

Estando pues del reino separados
Doscientas leguas estos moradores,
Para poder mejor ser gobernados
El rey les envió gobernadores;
Y ansimismo fundó dos obispos
Por ser ya necesarios dos pastores;
Y Santa Marta y otros comarcas
Son hoy al Nuevo-Reino sufraganos,

Por estar hoy arzobispal audiencia
En Santa Fe de Bogotá fundada,
Y catedral que con papal licencia
Fué desde Santa Marta trasladada,
Do hacen dignidades asistencia,
Persona cada cual cualificada,
Que por sus grandes letras y costumbres
Merecían tener mas altas cumbres.

Primer dean fué don Francisco Adame,
Ilustre vaso de virtudes lleno:
Tal me manda razon que yo lo llame,
La cual en su loor no sufre freno,
Pues excepta malicia del infame,
Ninguno negará ser varon bueno;
Llevólo poco ha Dios á su gloria,
Y así nos queda sola su memoria.

Ornamento segundo de aquel templo
Es don Lope Clavijo, arcedianio,
Que en letras, en doctrina y en ejemplo
Se muestra ser católico cristiano,
Cuya bondad y merecer contemplo
En honor de lugar mas soberano,
Pues para ir á dignidad mas alta
De lo que se requiere nada falta.